

El basetxe, nombre en euskera que se le da al caserío, en cuanto construcción material, en un principio fue de madera y posteriormente fue haciéndose de materiales más durables, con piedra en la parte inferior y madera en el primer piso. Más tarde, la madera se reemplazó con un entramado relleno con mampostería o ladrillos. Finalmente fueron enteramente de piedra.

Este tipo de explotación, muy difundido en el territorio vasco, no se encuentra en otras regiones de España.

La realidad es que salvo algún ejemplar, todo de madera que queda, los caseríos más antiguos que se conservan, y que se consideran datan del Siglo XVII, están contruidos de mampostería hasta la planta primera, levantándose sobre ésta una estructura de pies y vigas de madera forrada de tablas, alojando la totalidad o parte de la vivienda y a continuación de ésta, o sobre ella, un desván abierto a la fachada principal, siempre bien orientada, y que se utiliza para granero y para guardar la hierba.

El siguiente paso consiste en reemplazar el forro de madera descrito, relleno el entramado con mampostería o ladrillo, particularmente en las fachadas azotadas, dejándose siempre los huecos hacia la buena orientación. Se gana así en solidez y en una mayor protección de la cosecha.

Posteriormente, se va sustituyendo íntegramente el entramado de madera por mampostería, excepto en la crujía central de la fachada principal para evitar cargar excesivamente la viga dintel del portalón.

A partir del siglo XVIII, van desapareciendo totalmente los entramados, construyéndose todo de mampostería, incluso el dintel del portalón, que pasa a convertirse en arco de piedra.

Pero básicamente el caserío se define como un edificio compacto, sin medianeras, de gran planta rectangular orientado el este/sur. Las dependencias en la planta baja se destinan para albergar las cuadras, y ocasionalmente la cocina, sirviendo la zona superior para dormitorio, cocina y granero. Estos se agrupan en grupos de siete u ocho manteniendo distancias de unos doscientos metros. La existencia de más de veinte tipos de variantes hace muy difícil una satisfactoria clasificación de ellos, siendo aun más complicado debido a las constantes intervenciones que han sufrido por cada generación que las ha ocupado. Sin embargo mantienen rasgos que les da una personalidad común.

El caserío vasco primitivo de tiempo de la era de paz posee una cubierta ventilada de poca inclinación y eje normal a la fachada que mira al medio día. En la

fachada aparece un segundo elemento típico: el portalón, gran espacio acogedor cubierto y abierto al exterior, exponente de generosidad y hospitalidad. La parte de la fachada sobre el portalón se compone de un material ligero (tablas de madera, ladrillo...) hasta que el dintel queda sustituido por el arco que empieza a introducirse en el siglo XVIII, ya consagrada la cúpula basílica de Loyola. La fachada evidenciará la disposición de tres crujías normales a ella. Muy característica del caserío vasco es la presencia del alero muy volado y soportado por altas tornapuntas.

1. PECULIARIDADES SEGÚN LOS VALLES.

Sin embargo podemos encontrar caseríos carentes de portalón, con aleros mínimos, dictado de la frecuencia de fuertes rachas de viento, típico en la elevada zona de Okendo y el valle de Gordejuela. Característico de los caseríos alaveses de este entorno es el voladizo de la fachada. Así en la segunda planta, el plano de la fachada emerge y se adelanta unos centímetros apoyándose en el forjado en simple voladizo. Así como el suelo de la parte central de ésta planta está más elevado que los laterales para mejor aprovechamiento espacial bajo la cubierta, el voladizo en la fachada muestra el interior estando la parte central del voladizo sobre el portalón más alta que las laterales.

El valle de Aramaiona, administrativamente perteneciente a Araba, es etnográficamente vizcaíno. El estudio de su arquitectura popular confirma que Aramaiona es netamente vizcaína. El caserío en Aramaiona posee el mismo portalón, su mampostería ha sido tratada de la misma manera que en Bizkaia, como el revoque parcial que deja al descubierto piedras salientes.

Es curioso como en el Duranguesado y la zona del Oiz, en entramado de madera relleno de ladrillo en la fachada, frecuente fabricados para tal misión y fijados con clavos. En líneas generales los caseríos del Duranguesado destacan por su forma de construcción más detalladamente estudiada.

En Guipúzcoa la abundante presencia de varias tejavanas junto al caserío para ensanchar el local destinado al ganado, inevitablemente altera su aspecto primitivo. Esta alteración es debida a un sistema de producción más ganadero por la dificultad que la orografía impone al cultivo.

A diferencia de los caseríos en Gipuzkoa y Bizkaia, en Nafarroa no se esparcen por el monte, se agrupan. En semejanza a los caseríos del noroeste de Araba, en Navarra los pisos se muestran en voladizos en la fachada. Los aleros son descomunales, mientras el entramado de madera visible en la fachada se rellena del ladrillo. La base de la

fachada suele ser de sillar, arenisca morada, marcándose llamativamente sus juntas blancas. Los muros cortafuegos en estas casas las diferencian rotundamente de las hasta ahora mencionadas. Estos muros laterales sobresalen más acá que la fachada, emergiendo coordinadamente con los planos de la misma. En Lesaka la fachada es más esbelta que en Goizueta.

En el Baztán las casas siguen la misma pauta, si bien aquí les caracteriza un portalón de arco de medio punto centrado en la fachada. Al igual que en Gipuzkoa, en esa zona el portalón se le superpone normalmente un balcón corrido. Podríamos afirmar que tanto en la Nafarro Beherea sobre todo, y en Lapurdi, las casas siguen la misma pauta.

El patín es la escalera que da acceso a la primera planta y está en el exterior de la casa. Este elemento tiene peculiaridades características en cada lugar, pero no es un elemento de uso general en ninguno de los valles de Euskadi. Es interesante su mención, para destacar su naturaleza de origen militar, más ligado con las casas torre, pero ocasionalmente en nuestros caseríos como reminiscencia de tiempos pasados.

2. MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN.

Tanto en los cimientos como en las paredes maestras de la fachada e interiores, el material utilizado para la construcción de los caseríos ha sido el que se encontraba más cercano en el monte. En la mayoría de los casos se ha utilizado piedra arenisca y cantos rodados, y en ocasiones pizarra dura, “arbela”, e incluso las tres entremezcladas.

En las cuatro esquinas de la casa se colocaba piedra de sillería, estando mejor labradas las de la fachada principal.

Actualmente en la mayoría de los caseríos las cuatro paredes exteriores son de piedra hasta el tejado, siendo contados los que han utilizado materiales como el ladrillo colocado de caravista, o conservan las tablas de madera para hacer el cierre a partir de la primera planta.

Algunos caseríos, han encastrado en la fachada principal vigas y postes de madera a partir de la primera planta, quedando éstos a la vista formando un bello conjunto decorativo.

La masa empleada en la construcción de los muros se hacía a base de tierra, cal y agua. Para los revoques exteriores de las fachadas y las uniones de los bloques sillares se empleaba masa más dura y adherente, que conseguían con cal y tierra quemada, “lur errea”.

Los tabiques interiores de distribución de los dormitorios y desvanes han evolucionado en las diferentes épocas. Antiguamente se utilizaban toscas tablas de madera, que todavía se conservan en las divisiones de los desvanes.

Posteriormente las paredes para los dormitorios se fabricaban con varas de avellano entrelazadas en unos pies derechos colocados entre si a una distancia de 30 ó 35 centímetros. A este tipo de tabique se le llamaba “hesie”, y va revocado con masa de cal y tierra, y blanqueado con lechada de cal. Aún pueden verse estos dos tipos de tabique en algunos caseríos antiguos.

No se recuerdan ritos especiales que se llevaran a cabo al iniciar la construcción de la casa, pero sí al colocar la cubierta, en cuyo vértice de la fachada principal se colocaba una rama de laurel y se hacía una cena llamada “trapala”, entre quienes habían intervenido en la construcción. Esta costumbre ha llegado hasta nuestros días y aún se practica.

En la construcción de los muros, estructura y cubierta solían ayudarse entre familiares y vecinos además de contratar los servicios de algún artesano cantero o carpintero; y la terminación interior la iban completando los futuros moradores de la propia casa.

Al finalizar totalmente el caserío y pasar la familia a ocuparlo, se hacía una comida especial, invitando a algún familiar, llevando al sacerdote para que bendijera la nueva casa, y se le ponía el nombre. Hoy en día, esta costumbre, se sigue manteniendo.

3. TIPOS DE CASERÍO SEGÚN SU FUNCIÓN.

Se puede considerar dos tipos de caserío, el dedicado a la ganadería y el de labranza, aunque por lo general abunda el que reúne las dos ocupaciones.

En el de labranza, se utiliza el desván como granero, disponiéndose la cocina y algún dormitorio en planta baja, habilitando la primera planta al resto de dormitorios y de sala.

En el ganadero, se utiliza toda la planta baja como cuadra, ubicándose la vivienda en la planta primera, dedicando el sobrante zaguero a pajar. Se mantiene así abrigada la cuadra, pues la gran preocupación lógica del baserritarra es su ganado, a la vez que se facilita el abastecimiento y la conservación del pienso.

3.1. El caserío de una sola planta.

El caserío, como ya se ha comentado, es una vivienda aislada en el campo, donde habita una familia dedicada a la explotación agrícola y ganadera; en ocasiones alberga a varias ramas de una misma familia, que conviven en un régimen patriarcal, como es tradicional en el País Vasco.

Como consecuencia del clima y el régimen de lluvias frecuentes, el caserío se concentra en planta rectangular, bajo una amplia cubierta a dos aguas con caballete perpendicular a la fachada, orientada al mediodía o al saliente. Esta cubierta tiene poca pendiente, pues las nevadas son escasas; en cambio, se consideran funcionalmente imprescindibles los grandes aleros en los tejados.

La distribución interior está organizada en tres crujías, paralelas a la fachada. El acceso, por la fachada sur, comprende un porche con amplio hueco de embocadura, guarnecido con arcos de piedra o dinteles de madera, apeados cuando son grandes por soportes de piedra o madera. En este porche se guardan los aperos de labranza y transcurre gran parte de la vida cotidiana.

En la primera crujía de fachada está la cocina, pieza principal, con su tradicional fogón de hogar bajo—todavía no desaparecido— alimentado con leña de roble o haya y cubierto por amplia campana que tiene en su borde vasares con piezas de cerámica y de cobre. Alrededor del hogar se dispone bancos de respaldo alto con tablero abatible a modo de mesa y aparadores de roble.

En la segunda crujía suele haber un corredor que separa de la tercera, más amplia, destinada a los establos. Algunas veces se adosan los pesebres a la pared del corredor, para poder alimentar al ganado desde ventanillos abiertos en ésta. Encima de los establos están el henil y los desvanes para almacén de productos agrícolas, que a veces tienen un hueco o balcón corrido en la fachada sur, protegido por el gran alero.

La construcción es muy sólida y está resuelta a base de piedra y madera. En la planta baja se emplea mampostería sabiamente concertada de piedra caliza o pizarrosa, con esquinas, portadas, embocaduras y guarniciones de huecos aparejados con grandes sillares de labra fina; los entrepaños de pared, en los que quedan aparentes algunas piedras que sobresalen, están revocados y encalados. En las plantas superiores son tradicionales las estructuras entramadas de madera vista, con elementos verticales horizontales e inclinados y, a veces, hasta curvos. Los cuarteles del entramado suelen rellenarse con fábrica de ladrillo.

3.2. El caserío con dos plantas.

Formados por dos planos simétricos inclinados de poca pendiente, con el caballete perpendicular a la fachada principal. Cuando se adosan construcciones auxiliares para ampliar la cuadra, guardar el carro, etc., se prolonga uno de los planos, produciendo la asimetría tan corriente que da gran sabor estético al conjunto.

Primitivamente se utilizaba tejuela de haya, sustituyéndose luego por teja curva; probablemente, de ahí viene la denominación de Telletxe a la primera casa que en un valle o monte utilizó la Teja.

En algunas zonas nevosas de Navarra y en Zuberoa, se siguió utilizando la tejuela de madera que permite más pendiente, con la ventaja consiguiente para facilitar el escurrimiento de la nieve.

Los aleros de grandes proporciones, sobre todo en la fachada principal, sostenidos por robustos tornapuntas, muchas veces tallados prolijamente, dan un carácter y una personalidad propia al caserío vasco; demostrando, como la arquitectura popular resuelve elegantemente las condiciones de clima, amparando eficazmente a los moradores, al pajar y al granero de las lluvias y temporales predominantes en nuestro país.

El alero, a veces, especialmente en zonas muy azotadas, desaparece en la fachada Norte, o se quiebra en cola de milano “mirabustan”, para oponer menos resistencia al viento.

En cuanto al portalón de la entrada, siempre mirando al S.E. y despreciando las buenas vistas, que particularmente en la costa, por lo general, coinciden con la dirección del temporal. Por él, se accede tanto a la o las viviendas como a la cuadra. El portalón primitivo está formado por una recia viga de roble ocupando el tercio central de la fachada principal. El cierre de fachada, ligero, de estructura de madera rellena de ladrillo, las más de las veces, arranca sobre esta viga; en otras, se cierra simplemente con tablas.

Como es muy corriente el hecho de que ocupen dos familias el mismo caserío, y al adquirir el portalón mayores proporciones, se soluciona el problema del vano, con un pilar central, bien de madera o de piedra, resultando dos viviendas duplex simétricas.

Más adelante, en el siglo XVIII, como se ha dicho antes, van desapareciendo totalmente los entramados de madera, construyéndose todo de piedra.

Frecuentemente, se adosa al portalón un emparrado de armazón de madera, que al cubrirse de vegetación en verano, lo amplía, sombreándolo, mientras que en invierno, su ligera estructura, permite que el sol bajo lo caliente.

Este gran “sitio de estar” del “atadie”, además de constituir una de las características más predominantes del caserío vasco, cumple una de las funciones más importantes de la vida familiar; allí se descansa, se prepara el grano, se despieza el “txarri”, se arreglan los útiles de labranza, se guarda el carro, se juega, se reúnen los parientes y amigos.

Cuando los caseríos se agrupan formando pueblos, como en gran parte de Navarra, el portalón se reduce y se convierte en un portal normal de tamaño, cerrándose con una puerta de dos hojas divididas horizontalmente, permaneciendo abierta la superior durante el día.

El caso más corriente es un rectángulo dividido en tres crujías perpendiculares a la fachada principal. En los ejemplares más antiguos, la cocina se halla en planta baja, generalmente en la fachada y junto al portalón.

Los dormitorios están en la planta baja, subiéndose posteriormente a la planta alta. La cuadra siempre al fondo, contra el muro azotado por el temporal, ocupando la mayor parte del edificio. La sala va encima del portalón, con una habitación a cada lado y suele abrirse a un balcón corrido que ocupa el centro de la fachada. Separada de esta zona delantera y sobre la cuadra, tenemos el pajar. Delante y encima de la sala, aprovechando el hueco de la cumbre y abierto o cerrado por tablas, se dispone el desván, donde se guarda el maíz y la fruta. En los caseríos de doble vivienda, del portalón, generalmente común, se pasa a un vestíbulo, que alberga la escalera y sirve de acceso a la cocina, a los dormitorios y a la cuadra.

El entramado de madera en fachada, acusando la estructura al exterior, tan característico de la arquitectura vasca y que la relaciona directamente con las construcciones alpinas y suizas, es de roble de buena escuadría. En Bizkaia y Gipuzkoa generalmente va triangulada, de acertados y puros ensambles y obscurecida por el tiempo. En algunos casos, como puede verse en el caserío Xatela de Abadiano, va protegida por ladrillos sujetos por clavos especiales.

En Lapurdi y las dos Navarras va sin triangular y muchas veces las vigas del piso van saliendo de la línea de fachada para sostener una carrera, que a su vez sirve de base al siguiente piso, ampliándolo.

Como este sistema debilita la fachada para reforzarla, prolongan los muros laterales, a modo de espolones que avanzan con el entramado. Frecuentemente, pintan la madera de rojo, con una preparación a base de ocre y aceite y con sangre de buey.

Las fachadas van pintadas a la cal. Cuando la mampostería es irregular, las piedras salientes se dejan sin pintar, así como las mochetas y esquineros de piedra.

En algunos caseríos, se exteriorizaba la presencia de una chica casadera, recuadrando su ventana con una franja encalada.

Cuando el entramado se rellena de ladrillo visto, los tendeles del color ocre de la arcilla que los une, son tan gruesos como el ladrillo.

Los pies derechos internos de roble, arrancando de una base de piedra, llegan muchas veces en una sola pieza hasta la cumbre.

Sobre las vigas y solivería, va la entablación de roble y castaño de ancho variado. Todo el interior va encalado, siendo las divisiones de ladrillo.

El suelo de la planta baja, primitivamente de barro apisonado, se pavimenta luego de losas de piedra.

La zona más notable del caserío es la cocina, que hace de cuarto de estar. Primitivamente el fuego era central, siendo el hogar una piedra refractaria y escapándose el humo a través del entramado del piso y de las tejas de cubierta, curando, por así decirlo, la estructura de madera. Posteriormente, al introducirse la chimenea de ladrillo y yeso o arcilla, el hogar con su campana se adosó a uno de los muros o a un ángulo. Los pucheros se colgaban de un brazo giratorio con cadenas.

Mueble típico de la cocina es el txisilu, escaño con una mesa plegable, que hace de biombo y guarece de las corrientes de aire.

Complemento de todos los caseríos ha sido el horno de cocer pan.

Generalmente, es un pequeño edificio cubierto de teja a dos aguas aislado de la casa en zonas templadas, pero si la cocina está en zona fría, se adosa el horno a la casa y su boca se abre hacia el interior de la cocina.

3.3. La decoración.

El vasco, muy parco en sus manifestaciones extrautilitarias, se ha servido de ciertos elementos de adorno en el caserío, como son: los escudos, abundantes en el País Vasco sur. Son generalmente de tipo parlante, es decir, una expresión gráfica del apellido de sus moradores. Cuando el dueño de la casa muere, se tapa durante un año con un trapo negro, como expresión de duelo.

En Lapurdi, se acostumbraba tallar el dintel con el nombre de los dueños y la fecha de construcción del edificio o con lemas poéticos, con monogramas religiosos, con lauburus, “cruces”, con atributos de la profesión de dueño, etc...

En todas las fachadas del país se encuentran vigas, dinteles, barandillas, tornapuntas y puertas con tallas geométricas muy interesantes.

A partir de bien entrado el siglo XIX, son muy raros los caseríos que llamen la atención por sus bellas proporciones o algún detalle interesante, es el resultado de la influencia foránea que cada día se siente más fuerte, extendiéndose cada vez más, con su mal gusto y sus miras de especulación tacaña, hasta lo más recóndito de nuestros pueblos, con su ausencia absoluta de gusto, de sentido de proporciones, del estético y con un desconocimiento total del entorno, y con el agravante de que el hormigón armado hace difícil que un misericordioso incendio barra con el monstruoso engendro muestrario de materiales que surge en nuestros pueblos a lo largo de nuestros caminos y, no digamos nada, del entorno, ni se salva un árbol, ni crece una hiedra piadosa, planta que puede ocultar los errores de un arquitecto, la hierba se convierte en cemento más fácil de cuidar, haciendo de peana del monstruo que destaca así más su fealdad.

3.4. Los hórreos.

Complemento del caserío tenemos los hórreos, “garaixe”, para guardar granos. Son pequeños edificios de madera cubiertos de teja, levantados sobre pilares troncocónicos o troncopiramidales de piedra, “postie”, coronados con amplias piedras redondas llamadas tornarratas. Son parecidos a los asturianos. El acceso se efectúa por una escalera de piedra exenta del edificio.

En este ejemplar relativamente bien conservado, se observan entalladuras en los pies interiores, donde encajaban las divisiones de tabla machambrada que compartimentaban el local, seguramente para seleccionar los granos.

Tiene el cierre perimetral de relleno ligero de mampostería, estando triangulada la estructura de madera en la fachada zaguera y las dos laterales.

En Garay existe otro hórreo en el Caserío Etxeita, muy deteriorado, de hechura parecida pero totalmente de madera.

Ambos tienen tallada la madera de los pies derechos principales.

3.5. Caseríos Torre.

En Euskadi es fácil encontrar caseríos torre conservando restos de antiguas fortalezas en su poderoso basamento con sus pequeñas saeteras y coronados por ligeras

y abiertas construcciones de estructura de madera rellenas de ladrillo o simplemente forradas de tabla como las de Donamaría y Arrayoz.

Son adaptaciones de las torres desmochadas por orden de las Juntas Generales tras siglos de luchas de banderizos.